

Los espíritus que niegan

Hegel nos ha enseñado el poder creador de lo negativo. Dice, en su **Fenomenología del espíritu**, que la verdadera vida del espíritu no es la que huye horrorizada frente a la muerte, sino la que lleva en sí su propia negación. Toda auténtica afirmación procede por negación de una negación. La historia es la digestión de la nada en el interior del ente, y, por ello, la superación del nihilismo.

El nihilismo, con todo, conoce una culminación en el siglo XIX, después de la muerte de Hegel. Los nihilistas, los terroristas ontológicos, son los que apetecen la nada, contra cada ente, contra el ente en su conjunto, contra el horizonte del ser. Son los **Endemoniados** de Dostoyevsky, quienes, en el mejor de los casos, postulan un reino de la nada antes de que advenga, utópico y problemático, el momento eterno de un ente absolutamente positivo. Son espíritus radicales, en el sentido de que no comprenden que todo ente supone la nada, pero que la nada sólo se establece desde el horizonte del ser. Son espíritus que siempre niegan, fiando "para muy largo", cuando lo fían, el reino de la afirmación.

En la primera parte del **Fausto** de Goethe, Mefistófeles se define y define a su familia: "Yo soy el espíritu que siempre niega. Y con razón, pues todo cuanto existe es digno de irse al fondo; por lo que sería mejor que nada hubiese. De suerte, pues, que todo eso que llamáis



Roberto Murillo

pecado, destrucción, en una palabra: el mal, es mi verdadero elemento". No concibe la negación como un momento que el creador debe superar, debe estar siempre como una dimensión del vivir que debe ser siempre sobrepasada. Postula la nada como principio y fin de todas las cosas, y se complace en el hundimiento de lo existente. Engaña, enseñando el suicidio como medio para la fundación de la plena reconciliación de los hombres con la naturaleza y de los hombre entre sí.

Sin duda tiene razón Max Scheler cuando dice que el hombre se distingue del animal en que sabe decir no. Hay seres humanos que han dado la máxima muestra de su dignidad cuando han sabido decir que no a la infamia o a la mentira, aun con el riesgo supremo de su vida. Pero la vida normal de los hombres no puede estar constituida por una serie continua de negaciones ni su valor puede establecerse sobre una antología de protestas.

Comparo dos tipos de personas: los que, a sabiendas de lo

precario de la existencia, de la libertad y de la justicia, trabajan creadora y silenciosamente en un campo determinado por la vocación y por el destino, y los que protestan y denuncian siempre, oponiéndose "al sistema", que es casi como oponerse al ente en su totalidad. Prefiero a los primeros, aun cuando entre los segundos hay muchos de buena fe cuyas intenciones no se reducen a querer inscribirse en el sistema por los tortuosos caminos de la envidia.

Hay gente que ha hecho carrera de la oposición y de la denuncia. Es un oficio necesario, como tantos otros oficios ingratos de la vida colectiva, permitido en las comunidades donde la "libertad formal" permanece vigente. Sin embargo, Nietzsche que realizó la experiencia del nihilismo hasta salir al fin a la otra orilla, repetía: "Sólo como creadores podemos negar". Es decir, sólo quien sustituye una cosa, un va-

(Pasa a la Pág. 16)

Los espíritus que niegan

(Viene de la Pág. 15)

lor o una institución por algo mejor tiene derecho a pronunciar un no significativo.

Cuando un partido político funda toda su campaña en decir mal de otro partido, cuando su bandera es más que nada un anti, cuando su virtud es la nada, este partido depende de aquel al que critica, vive de su cuerpo, y eventualmente, de su cadáver.

Cuando un grupo universitario aumenta su fuerza en la picaresca de su oposición a otro, a todas las iniciativas de este otro, porque lo ha identificado

—con "vaguedad deliberada"— con "el sistema", se condena a la esterilidad, el naufragio aca-

démico dentro de lo sutil de las maquinaciones.

Cuando una mujer, o un hombre, identifica la fidelidad matrimonial con la simple negación de todo otro vínculo, incluso del que se establece por el diálogo, reduciendo el amor a los celos, la palabra al resentimiento o la simpatía a la vigilancia, trabaja en el fondo a favor de la libertad de las flores de la primavera.

Cuando Mefistófeles dice: "Yo soy el espíritu que siempre niega", obra para establecer el esencial claroscuro de la creación. Bendigamos el momento del espíritu que niega y ofrezcámosle lo mejor de la paciencia y de la sonrisa.